



Encuentro Comienzo de Curso
La Yedra (Jaén), 26-28 de octubre, 2007

La luz de Cristo ilumina todo. Esperanza para la renovación y la unidad de Europa

Por ANDREA RICCARDI, fundador de la Comunidad de Sant' Egidio

Sesión plenaria de la III Asamblea EcuMénica. Sibiu, 7 de septiembre, 2007.

En estos días los cristianos de Europa tienen una gran ocasión de mirar juntos a nuestro continente en el mundo, si es que no venimos a esta asamblea de Sibiu como a un rito sin trascendencia. Hace diez años, en Graz, no hacía mucho tiempo que había caído el Muro de Berlín: aquella fue la asamblea cristiana de la Europa reunificada. ¡Fue una hora de entusiasmo! Hoy el mundo ha cambiado. El futuro se presenta menos entusiasmante. Aquí y allá también hay dosis de escepticismo sobre esta asamblea: ¿Para qué sirve?

Tenemos ante nosotros grandes cuestiones. Nos las plantea el mundo y nos obligan a mirar más allá de nosotros: Cómo renovar la vida de Europa, cómo avanzar en la unidad, a fin de ser en el mundo una presencia humana y evangélica... Cuál será el mundo de mañana. Ciertamente será un mundo menos europeo y menos dominado por Europa. En lugar de afrontar estas cuestiones, a menudo nos limitamos a mirar a nuestro país o a nuestra comunidad. Cada comunidad tiene obviamente sus problemas. Pero no basta. Los desafíos de hoy se juegan sobre vastos horizontes. El mundo globalizado exige una mirada ancha. Lo que no quiere decir una mirada acomodaticia según los modelos de una cultura globalizada. Se necesita una mirada cristiana, audaz como la de las primeras generaciones cristianas, capaz de salir del particularismo que es miedo del mundo y desconfianza de la fuerza del Evangelio. Jesús, junto al pozo de Jacob, en tierra de samaritanos, les dice a los discípulos encerrados en sus pequeños litigios: «Levantad vuestros ojos y mirad los campos que ya amarillean para la siega» (Juan 4,36.).

Quiero levantar los ojos y mirar los campos del mundo. Lo querría hacer, consciente de lo limitado de mi experiencia, como cristiano europeo, como historiador, como viajero de los avatares del mundo, puesto en contacto con muchas tierras de pobres, gracias sobre todo a la experiencia de la Comunidad de Sant'Egidio. En comparación con muchas partes del mundo, salta a la vista una Europa rica en recursos. Entre éstos, sobre todo la paz: La herencia preciosa de sesenta años de paz. En el siglo XX, entre las dos guerras mundiales pasaron solamente veinte años. Volvió la guerra en 1939. Yo, italiano, nacido en 1950 – así os confieso también mi edad – en toda mi vida no he conocido la guerra en mi tierra. No fue así la historia de mis padres o de mis abuelos. Es el gran regalo de la paz.

Del abismo de la Segunda Guerra Mundial, los europeos por fin han aprendido qué necio es combatir. ¡De cuántos años han privado a mujeres, a niños, a los hombres, guerras estúpidas, violencias inauditas, matanzas! Del abismo de la Segunda Guerra Mundial, los europeos han aprendido que jamás habrán de vivir unos contra otros, sino cada vez más unos con otros. De aquí nació el proceso de unificación europea, aunque fuera entre incertidumbres y reticencias. En el año 1989 se borró la herencia de división de 1945. La liberación del comunismo se llevó a cabo sin recurso a la fuerza armada, haciendo frente a regímenes basados en la violencia y la opresión. Lamentablemente ha habido guerras en la ex-Yugoslavia. Pero hoy, en nuestro continente, hay paz junto con un bienestar difuso, con puntas muy altas en algunos países, más o menos fuertes en áreas de pobreza. La paz y el bienestar... La paz europea puede parecerles a los jóvenes algo normal, pero es un hecho extraordinario en nuestra secular historia. ¡Y una bendición de Dios, un regalo santo!

¿Pero qué hacer de esta herencia de paz? Asoma la tentación de disiparla, como sucede con las herencias: Sí, disiparla en la renacida pasión nacionalista. Es una posición antihistórica: La mayor parte de los países europeos, pequeños o medianos, no pueden afrontar solos los grandes desafíos del mundo, la competencia con las economías y las civilizaciones de los grandes países asiáticos como China y la India. Las pasiones nacionalistas no dejan ver la realidad. Hoy nacen no tanto de la voluntad de dominio sobre los otros, sino del deseo de vivir cada uno para sí.

Hay otro modo de dilapidar la paz, herencia de tantos dolores y fatigas del siglo XX. Es hacer de Europa una fortaleza, que levanta murallas en sus fronteras. Si esas murallas se construyen para defenderse, volverán los demonios del siglo pasado, los de las luchas fratricidas. Las murallas nacen del miedo de un mundo demasiado grande, con demasiados protagonistas, dinámicos y fuertes. Nuestra historia europea no ha sido la de una fortaleza, sino la de un dinamismo volcado hacia fuera del continente: Un continente unido al mundo asiático, unido por el Mediterráneo a África y al Oriente Próximo, abierto a los horizontes atlánticos. Es verdad que aquélla fue la historia conquistadora del imperialismo con consecuencias negativas; pero también fue una historia misionera.

Europa no puede convertirse en una isla protegida como una fortaleza. Los europeos tenemos la tentación de retirarnos de la historia: A lo mejor diciendo que no queremos repetir los errores del pasado. Estamos preocupados. Ya no somos lo que fuimos. Las proyecciones demográficas demuestran nuestra decadencia. En el año 2025 los cristianos europeos serán en conjunto menos que los africanos o latinoamericanos. Pero además se echa en falta un horizonte de futuro. A menudo la política se reduce al realismo del gobierno financiero. En las últimas décadas, Europa ha visto desdibujarse muchos ideales políticos y sociales: La utopía, la ideología marxista, las nuevas ideas para cambiar la sociedad... Todos se han vuelto más cautos y prudentes al pensar el futuro.

Hace treinta años, Juan Pablo II, elegido papa, dijo con fuerza profética: «No tengáis miedo». Con nueva convicción repitió el saludo de Jesús en la mañana de Pascua. Es una invitación que resuena en toda la Biblia, porque el miedo domina gran parte de la historia de la humanidad y de las naciones. Renunciar a actuar en el gran mundo y levantar murallas no quita el miedo. Ni hace desaparecer la droga nacionalista del orgullo de nuestra civilización. Atisbar enemigos en el horizonte no es el camino para encontrar el valor de ser nosotros mismos. Ésa ha sido la postura fácil que a menudo se ha escogido alzando el cristianismo como una bandera contra eventuales enemigos. Los europeos ya no somos lo que fuimos. Pero no por eso hemos de dejarnos aprisionar por pasiones engañosas o escondernos de la historia. Sabemos lo que fuimos. ¿Qué seremos en adelante?

Seremos lo que nosotros, mujeres y hombres, seamos capaces de vivir y de comunicar. Europa está insegura y asustada, a pesar de saberse rica en paz y en bienestar. ¿Y nosotros, cristianos europeos? Lámpara para nuestros pasos es la Palabra del Señor: Escuchar la Palabra nos indica un camino. Jesús les dice a las mujeres ante el sepulcro: «¡Vosotras no tengáis miedo! Sé que buscáis a Jesús el Crucificado» (Mateo 28,6). Quien busca a Jesús, el Crucificado, se libra del miedo. En el siglo XX lo hicieron los nuevos mártires: Muchos en Rusia (una memoria que infunde respeto hacia los cristianos rusos), en el Este de Europa (pienso en la dolorida Albania), en España, bajo el nazismo, en las misiones extranjeras fuera de Europa. La búsqueda de Jesús el Crucificado ha dado a todos los mártires una fuerza humilde frente a poderes opresores, una fuerza débil. Europa, en el siglo XX, mientras se empeñaba en construir nuevos órdenes, ha conocido una floración de mártires.

La búsqueda de Jesús Crucificado, vivida por los cristianos, puede inquietar a la cultura del miedo, que teme que se acaben la paz, el bienestar, la libertad. Martín Buber afirmó sabiamente: «Comenzar por vosotros mismos: he aquí la única cosa que cuenta... el punto de Arquímedes sobre el que puedo por mi parte levantar el mundo es la transformación de mí mismo». El hombre espiritual empieza por sí pero no renuncia a levantar el mundo. Es el camino de la conversión. Empezar por el corazón para levantar al mundo. Levantar el mundo del mal, de la miseria que vive todavía en la rica Europa, en la que se ha olvidado la palabra «justicia». Levantar el mundo de la pobreza del Sur, de la violencia extendida en tantas formas, de la guerra...

Hombres y mujeres espirituales no renuncian a levantar al mundo. Para indicarnos el futuro no basta el providencialismo económico. Estamos cansados de ideologías. Por eso tampoco basta un cristianismo reducido a ideología. Hace falta una vida rebotante de fe y amor en esta Europa pobre en visiones para el futuro. El apóstol Pablo recuerda a los corintios la piedra angular del vivir cristiano: «El amor de Cristo nos recuerda que, si uno murió por todos, todos han muerto. Y Él ha muerto por todos, para que quienes viven no vivan ya para ellos mismos, sino para quien ha muerto y resucitado por ellos» (2 Cor 5,14-15).

Lo que nosotros nos proponemos y lo que proponemos a Europa es no vivir sólo para nosotros mismos. La Palabra de Dios nos lanza un desafío que nos inquieta a nosotros y a la cultura europea: ¡Quienes viven, no vivan sólo para ellos mismos, sino para quien ha muerto y resucitado por nosotros! Los cristianos han de sacudir el miedo y superar la avaricia sin freno, cualquiera que sea el motivo, que nos lleva a vivir sólo para nosotros, impotentes, encerrados en nosotros mismos, dominados por pequeñas disputas de familia, adormecidos por un presente rico en bienestar y paz, sin preocuparnos por quienes, fuera de Europa, viven sin paz y sin una vida digna. ¿Acertaremos a poner en crisis la cultura y los hábitos de países y comunidades que viven sólo para sí mismos? ¿Sabremos atraer a los demás con la alegría de sentirnos por fin mujeres y hombres auténticos? Hillel, el gran maestro del hebraísmo, nos enseñó: «Si te encuentras en el caso de que no haya hombres, esfuérzate en ser hombre». ¡Esfuérzate en ser hombre, tú, ser humano! De esta forma se pone en cuestión lo *políticamente correcto* de vivir cada uno para sí, se mina la fortaleza de Europa, se corrige la miopía egoísta de naciones europeas encerradas en ellas mismas.

¿Qué quiere decir ayudar a Europa a no vivir para sí misma? Es la capacidad de vencer la tentación nacionalista. En 1968, en los encuentros con el patriarca Atenágoras, Olivier Clément, uno de los grandes cristianos europeos de nuestro tiempo, advertía ya un incipiente proceso de globalización: «de una parte ... la aparición del hombre planetario, en una historia que se hace mundial; de la otra parte ... todas las naciones se parapetan en su propia originalidad ...» Y el Patriarca, padre del ecumenismo del siglo XX, le contestó: «Nosotros, los cristianos, tenemos que situarnos en la articulación de estos dos movimientos, para intentar armonizarlos ... Iglesias hermanas, pueblos hermanos: tal debería ser nuestro ejemplo y nuestro mensaje». No vivir para uno mismo es situarse en la articulación y encontrar el punto de equilibrio pacífico entre la unificación globalizante y el creciente particularismo. Hay que recordar a los Estados europeos que no pueden vivir sólo de un futuro nacional: Hay un proceso de unificación que hemos de llevar adelante. Hay miedo de perder hoy algo; pero mañana los Estados europeos se perderán ellos mismos, si quedan solos. Porque la unificación europea no es una burocracia ni una construcción sin alma, sin pasión.

Cristianos más hermanos (eso es el ecumenismo) han de ser el alma de pueblos europeos más unidos. Hay muchos escépticos del ecumenismo. No faltan razones. Pero la unidad de los cristianos es un mandamiento de Dios. ¿Quién renunciaría al mandamiento del amor, sabiendo que todavía hoy los hombres se odian? Nos necesitamos mutuamente, unos a otros. Ecumenismo es intercambio de dones. Como cristiano occidental puedo decir cuánto hemos recibido de la difusión del icono en Occidente, cuánto podemos recibir de la liturgia y de la espiritualidad del Oriente. Existe una profunda y misteriosa unión entre la paz y la unidad de los cristianos con la paz y la unidad del mundo.

Girando por el mundo, percibo una pregunta dirigida a Europa. ¿No es una llamada? La guerra europea, por dos veces en el Novecientos, se hizo mundial. También la paz europea puede ser contagiosa para el mundo. Hoy, en la mentalidad corriente, la guerra ha sido rehabilitada como instrumento para la solución de los problemas. Se la acepta como compañera natural de la Historia. Bastan unos pocos – mirad al terrorismo – para hacer la guerra y hacer sufrir a muchos. La violencia, con la difusión de tantas armas, es a menudo compañera de la vida en un mundo que, por primera vez en la historia justo en este 2007, ve que la población urbana supera a la de los campos. ¡Pero la guerra y la violencia son expresión del mal!

Los cristianos europeos tienen en el mundo una responsabilidad de paz. Es una misión posible, dados los recursos de nuestro continente. Se pueden vencer los demonios de la guerra. Los cristianos tienen una fuerza de paz. Lo digo a partir de la experiencia de la Comunidad de Sant'Egidio en África. Ahí está el ejemplo de la consecución de la paz en Mozambique después de una guerra que dejó un millón de muertos. Hoy todos pueden trabajar por la paz, no sólo los grandes Estados. ¿No tendrá Europa, que, con sus conflictos, estuvo en el origen de dos guerras mundiales, la obligación de ser también creadora de paz para el mundo? A nosotros cristianos nos incumbe preguntar esto a nuestros gobiernos. Pero personalmente nos corresponde también descubrir nuestro poder de liberar a los pueblos del mal de la guerra. Es una terrible enfermedad que puede ser curada.

Una Europa que no vive para sí misma no puede olvidarse de África. Aunque estando en Rumania, puede parecer lejana. Pero su futuro es inseparable del de Europa. Hoy África es tierra de dolores, de enfermedades

y de violencia, pero también es tierra de nuevos expansionismos como el que está desplegando China con su oferta de capitalismo y autoritarismo. Grandes europeos nos han enseñado que Europa y África tienen un destino común: Pienso en Albert Schweitzer, teólogo, exegeta, pero también médico, que pasó gran parte de la vida atendiendo a los enfermos africanos. Hoy nos inquietan los treinta millones de seropositivos de HIV/SIDA, quienes en gran parte no pueden ser curados por el alto precio de los fármacos, mientras que el SIDA es ya curable en toda Europa. Es una vergüenza que Europa se desentienda de esta desigualdad, una Europa, que banquetea espléndidamente mientras Lázaro muere a sus puertas. Muere de enfermedad. Muere de hambre y de falta de agua. Mil millones de personas en nuestro mundo no tienen acceso a agua potable y eso ocasiona cada año la muerte de 1.800.000 niños a causa de enfermedades intestinales.

La justicia no puede estar ausente de nuestra profecía. Es una palabra cuyo eco intensamente bíblico se ha perdido, después de tanto usarla los políticos. Pero Jesús la propone en las Bienaventuranzas, con una mirada de amor hacia quien tiene sed de ella. La justicia tiene que remover las políticas económicas de nuestros países, en los que hay demasiados pobres; tiene que sacudir las relaciones económicas entre nosotros y con el mundo, con África. Sí, África ha de ser pensada junto con Europa, porque es un banco de prueba de la moralidad de la política internacional.

Un gran papa, Pablo VI, escribió hace cuarenta años: «Hace falta promover un humanismo planetario». Y advertía: «El mundo está enfermo. Su mal reside menos en el derroche de los recursos o en el acaparamiento por parte de algunos, que en la falta de hermandad entre los hombres y entre los pueblos». Europa – éste es nuestro impulso como creyentes – puede reencontrar su lugar en el mundo trabajando por un humanismo planetario. Para eso tenemos que ser audaces, pero también creyentes y hermanos.

El cristianismo occidental tiene que reanimar una historia de amor con el Sur del mundo. El cristianismo oriental – pienso en el ruso que alcanza hasta el corazón de Asia – tiene una historia hacia el Este y el Oriente Medio. Las comunidades cristianas, según su historia, pueden empeñarse atrevidamente para hacer renacer la hermandad entre los pueblos en Europa y mucho más allá de sus fronteras. ¿No tiene Europa hoy la posibilidad de ser un agente de hermandad entre los pueblos? ¿No tienen los cristianos europeos la responsabilidad de recorrer ese camino?

De la vida de mujeres y hombres espirituales en Europa pueden brotar: Un humanismo planetario, iniciativas de paz y solidaridad, una meditación sabia sobre el mundo capaz de mirarlo como casa común de los pueblos y de los individuos. Los mismos cambios climáticos, cuyos efectos ya todos perciben, nos enseñan que la tierra es efectivamente una casa común. Lo confirma también el drama de la extracción anual de recursos naturales que hoy en día supera el 25% de la capacidad de regeneración de la tierra. Cada vez más el destino de los pueblos está unido el de unos con el de los otros como en una casa común: Fue la percepción profunda de la visión de los padres.

Desde 1989 el Patriarcado Ecuménico ha querido que el 1 de Septiembre, principio del año litúrgico, se celebre también la Fiesta de la Creación, en la cual los cristianos se hacen voz de la creación que sufre dolores de parto. El 1 de Septiembre es también el día en que comenzó en 1939 la Segunda Guerra Mundial, cuando Polonia fue invadida por el ejército nazi y Europa se sumió en el caos. En la oración y en la liturgia, compartimos los dolores de la creación, la guerra, madre de tantos dolores y de tanta pobreza. De una Iglesia que escucha la Palabra de Dios, que reza, que reconstruye la unidad rota, nace una nueva mirada sobre el mundo, un sentido de amor responsable que se convierte en misión, en un empeño de no seguir viviendo cada uno para sí mismo. Nace un humanismo que puede hacerse planetario. La Europa de hoy no es la que fue. Tiene la oportunidad de ser mejor para sí misma y para los demás.

Se puede levantar al mundo, es decir, a los pueblos y a la humanidad, de la esclavitud de la guerra y la pobreza, de la reclusión de vivir sólo para sí, si abrimos el corazón al Evangelio, si nos unimos a la oración de la Iglesia, si miramos con amor a nuestros hermanos. Muy sabiamente enseñaba San Serafín de Sarov: «Conquista la paz en ti mismo y millares alrededor de ti encontrarán la salvación». El camino del corazón y el camino del amor que pacifica, sana, hace renacer, son el mismo camino, humilde y fuerte: El de un cristiano, de un pueblo cristiano, que aprende del Señor Crucificado a no vivir para sí mismo.